

negros, los dos ojos de fuego y de inteligencia que seguían mirándole como siempre.

Al fin León XIII, que no quiso evitarle el acto de humildad de besarle el pie, y que entonces le dejaba que continuase sin sentarse, fué el primero que habló sin dejar de examinarle, escudriñándole el alma y hasta lo más profundo de su sér.

—Deseásteis, hijo mío, verme, y he consentido en otorgaros ese favor.

Hablaba en francés, pero con un francés un poco inseguro y que pronunciaba á la italiana tan lentamente, que hubieran podido escribirse sus palabras con tanta facilidad como si las dictára. La voz era fuerte, nasal, una de esas voces gruesas y sonoras que causa sorpresa oír salir de ciertos cuerpos débiles que parecen exagües y sin aliento.

Limitóse Pedro á inclinarse una vez más en señal de profundo agradecimiento, sabiendo que para hablar exigía el respeto que esperase á que le interpelasen de una manera directa.

—¿Vivís en París?

—Sí, Santo Padre.

—¿Estáis adscrito á alguna de las parroquias de la gran ciudad?

—No, Santo Padre, estoy agregado á la iglesia de Neuilly.

—Sí, sí, ya sé, eso es hácia la parte del Bosque de Boulogne ¿no es esto? ¿Qué edad teneis, hijo mío?

—Treinta y cuatro años, Santo Padre.

A estas palabras siguió un corto silencio. León XIII había bajado al fin los ojos. Cogió con su mano transparente el vaso de jarabe, y después de revolver éste con la larga cucharilla de oro, tomó un sorbito. Y esto

con mucho método, con aire prudente y razonable, lo mismo que todo aquello que debía hacer ó pensar.

—He leído vuestro libro, hijo mío, sí, en gran parte. Por lo general sólo me envían fragmentos de las obras, pero esta vez alguien que se interesa mucho por vos me entregó directamente el libro, suplicándome que lo examinase. De este modo ha sido como he podido enterarme de su contenido.

Hizo un ligero ademán en el que Pedro creyó ver una protesta contra el aislamiento en que le tenían los que le rodeaban, ese execrable acompañamiento que velaba para que no llegase hasta él desde afuera nada desagradable, según había confesado monseñor Nani en persona.

—Doy á su santidad las gracias por la honra que me ha dispensado,—se permitió decir entonces el presbítero—y confieso que no podía sucederme felicidad más elevada ni deseada con mayor ahinco.

¡Que dichoso era en aquellos momentos! Se imaginó que su causa estaba ganada al observar que el papa parecía tranquilo y sin cólera, hablándole de su libro en ese tono, como hombre que, á la sazón, le conocía á fondo.

—¿No es cierto, hijo mío, que estais en relaciones con el vizconde Filiberto de la Choue? Al principio me chocó mucho la semejanza entre algunas de vuestras ideas con otras de ese muy adicto servidor que, en muchas ocasiones, nos dió por otra parte preciosas pruebas de su buen talento.

—En efecto, Santo Padre, el vizconde de la Choue me dispensa la honra de apreciarme un poco. Hemos hablado mucho y no tiene nada de particular que yo

haya reproducido algunos de los pensamientos á que más cariño tiene.

—Sin duda... sin duda. Así por ejemplo, de esa cuestión de las corporaciones se ocupa mucho... demasiado quizás. Cuando vino la última vez nos habló de ella, con rara insistencia. Del mismo modo que en estos últimos tiempos otro de vuestros compatriotas, hombre de los mejores y de los más eminentes, el barón de Fouras, que presidió y acompañó esa hermosa peregrinación del Dinero de San Pedro, no dejó de hablarnos de lo mismo en cuanto consentimos en recibirle durante una hora. Solo que hay que confesar que nos parece que no están muy acordes, por que el uno nos pide que no hagamos lo que el otro desea.

Desde el principio la conversación se desviaba y Pedro comprendió que se apartaba de su libro; pero recordó la promesa formal que hiciera al vizconde para el caso en que viese al papa y si se presentaba una ocasión favorable para obtener una palabra decisiva, con objeto de saber si las corporaciones debían ser libres ó bien obligatorias, abiertas ó cerradas. Desde que se hallaba en Roma había recibido carta sobre carta del desventurado vizconde clavado en París por la gota, mientras que su rival el barón, aprovechando la admirable ocasión de la peregrinación, de la que era jefe, quiso intentar el arrancar al papa una sencilla palabra de aprobación que habría llevado á su país como un triunfo. Y el presbítero quiso cumplir á conciencia su palabra.

—Vuestra Santidad sabe mejor que todos nosotros en donde está la sabiduría. El señor de Fouras cree que la salvación, la solución de la cuestión obrera se encuentra sencillamente en el restablecimiento de las antiguas corporaciones libres, mientras que el señor de la Choue

quiere que éstas sean obligatorias, protegidas por el Estado y sometidas á nuevas reglas. Y es indudable que esta última concepción está más de acuerdo con las ideas sociales que predominan hoy día... Si vuestra Santidad se dignase pronunciarse en este sentido, el joven partido católico de Francia obtendría grandes resultados y encauzaría todo el movimiento obrero hácia la Iglesia.

Con su acostumbrada tranquilidad, respondió el papa:

—Pero nos no podemos hacerlo. Desde Francia me piden siempre cosas que no puedo, que no quiero hacer. Lo que os prometo que digáis de mi parte al señor de la Choue, es que si no puedo contentarle á él, tampoco pude hacerlo con el señor barón de Fouras. Este no obtuvo de mí más que la expresión de mi benevolencia con respecto á vuestros queridos obreros franceses que tanto pueden hacer por el restablecimiento de la fé. Comprenderéis que, en resumen, esto en vuestro país no son más que cuestiones de detalle, de simple organización, á los cuales no nos es posible descender, bajo pena de darles una importancia de que realmente carecen y de producir un gran desencanto en los unos si doy demasiado gusto á los otros.

Sesgó sus labios una pálida sonrisa, en la que apareció toda su política conciliadora y prudente, resuelta á no comprometer su infalibilidad en inútiles aventuras. Bebió otro sorbito de jarabe y se enjugó los labios con el pañuelo, como un soberano cuya tarea diaria y aparatosa ha terminado y que desea estar cómodamente un rato, habiendo escogido esta hora de silencio y de soledad para hablar sin prisa y con tanta amplitud como desee.

Pedro intentó llevar la conversación hácia su libro.

—El señor vizconde Filiberto de la Choue fué tan bueno para mí, que espera con verdadera ansia la suerte que está reservada á mi libro, con tanta, como si se tratase de una obra suya. Por esta razón habríame agradado muchísimo llevarle una palabra buena de su santidad.

Pero el papa continuaba enjugándose los labios y sonándose, sin responder.

—Le conocí en casa de su eminencia el cardenal Bergerot, otro gran corazón, cuya ardiente caridad debería bastar para rehacer una Francia creyente.

Aquella vez el efecto fué inmediato.

—¡Ahl Sí, el señor cardenal Bergerot. Leí su carta á la cabeza de vuestro libro, y por cierto que estubo muy poco inspirado al escribirla, y vos, hijo mío, fuisteis bien culpable el día en que la publicásteis... No puedo creer aún que su eminencia el cardenal Bergerot, haya leído ciertas páginas de vuestro libro cuando os envió su aprobación plena y completa; prefiero acusarle de ignorancia ó de aturdimiento; ¿cómo era posible si no, que hubiese aprobado vuestros ataques al dogma y vuestras teorías revolucionarias que tienden á la destrucción total de nuestra santa religión? Si realmente leyó vuestra obra, no tiene más excusa que una aberración brusca, inexplicable... imperdonable... Es muy cierto que reina un mal espíritu en una pequeña parte del clero francés. Eso son las ideas galicanas que retoñan sin cesar, como sucede con la mala hierba; todo un liberalismo de Fronda, de rebelión contra nuestra autoridad, un continuo apetito de libre examen y de aventuras sentimentales.

Se fué animando, y las palabras italianas se mezclaban á su francés vacilante, y su gruesa voz nasal sa-

lía de su cuerpo débil, de cera y de nieve, con sonridades de cobre.

—Que lo sepa monseñor Bergerot y esté convencido de que le destrozaremos el día en que no veamos en él más que un hijo rebelde. Debe dar el ejemplo de la obediencia; le diremos lo descontentos que estamos y confiamos en que se someterá. No hay duda que la humildad y la caridad son virtudes muy grandes que siempre nos agradó reconocer en él; pero es preciso que esas virtudes no sean refugio de un corazón rebelde, porque no valen nada si no las acompaña la obediencia, ¡la obediencia! ¡Ese es el adorno más hermoso de los grandes santos!

Sobrecogido y trastornado le escuchó Pedro, que se olvidó de todo y no pensó más que en el hombre, personificación de la bondad y de la tolerancia, sobre el que acababa de atraer aquella cólera todopoderosa. Don Vigilio estaba, pues, en lo cierto; las delaciones de los obispos de Poitiers y de 'Evreux iban á alcanzar, pasando por cima de su cabeza, al adversario de su intransigencia ultramontana, al benévolo y buen cardenal Bergerot, al hombre de alma abierta á todas las miserias, á todos los sufrimientos de los pobres y de los humildes. Y estaba desesperado aceptando la delación del obispo de Tarbes, instrumento de los padres de la Gruta, porque eso sólo le hería á él como respuesta á sus páginas sobre Lourdes; pero la guerra á traición de los otros dos, le exasperaba, le producía una dolorosa indignación. Y acababa de ver convertirse á aquel anciano valetudinario con cuello de endeble pajarillo muy viejo, que bebía tranquilamente su vaso de jara-be, en un soberano terrible y tan formidable que tem-

bló en su presencia. ¿Cómo se había dejado engañar por las apariencias al entrar allí y figurarse que estaba ante un pobre hombre rendido por el peso de los años, deseoso de paz y resuelto á hacer toda clase de concesiones? Un soplo pasó por la adormecida habitación y era la lucha otra vez, el despertar de sus dudas y de sus angustias. ¡Ah! ¡Cómo encontraba al papa tal cual se lo habían descrito en Roma, tal cual no quiso creer que era, más inteligente que sentimental, dotado de un orgullo desmesurado y que había tenido desde su juventud la ambición suprema, hasta el extremo de prometerlo á su familia, para obtener de ella los sacrificios necesarios, mostrando en todo y por todo una voluntad única desde que ocupaba el solio pontificio, reinar, reinar á pesar de todo, reinar como soberano absoluto, omnipotente! La realidad se presentaba con una fuerza irresistible, y sin embargo, luchó, se obstinó en volver á apoderarse de su ensueño.

—¡Oh! ¡Experimentaría un pesar muy grande, Santo Padre, si á causa de mi desventurado libro su eminencia tenía un segundo de contrariedad! Yo, culpable, puedo responder de mi falta, pero su eminencia no obedeció más que á su corazón y no habría pecado más que por su gran amor á los desheredados de este mundo.

León XIII no respondió. Fijó en Pedro sus ojos admirables, sus ojos de vida ardiente que iluminaban su faz inmóvil de ídolo de alabastro. De nuevo le miraba con fijeza extraordinaria.

Y Pedro, entre la fiebre que se iba otra vez apoderando de él, veíale aumentar en esplendor y poderío. A la sazón imaginábase que á espaldas de León XIII veía hundirse, á través de las edades la larga série de papas que antes evocára, los santos y los soberbios, los

guerreros y los ascetas, los diplomáticos y los teólogos, los que ciñeron coraza y los que vencieron con la cruz y los que dispusieron de los imperios como de simples provincias que Dios les había entregado para su custodia. Después, aparecía Gregorio el Magno, el conquistador, el fundador; más tarde Sixto V, el negociador y político que fué el primero que entrevió la victoria del papado sobre las monarquías vencidas. ¡Que multitud de príncipes magníficos, de amos soberanos, de cerebros y de brazos todopoderosos detrás de aquel anciano, pálido é inmóvil! ¡Que amontonamiento acumulado de voluntad inagotable, de génio obstinado, de dominación sin límites! ¡Toda la historia de la ambición humana, todos los esfuerzos para someter los pueblos al orgullo de uno solo, la fuerza más alta que jamás haya conquistado, explotado, moldeado á los hombres en nombre de su felicidad, estaba allí! Y aún entonces cuando su realeza había concluído á qué soberanía espiritual no había visto ascender á aquel anciano pálido, tan endeble, ante el cual las mujeres se desvanecían como heridas por la terrible divinidad emanada de su personal. No eran solo las resonantes glorias, los triunfos dominadores de la historia que se desarrollaban tras él, si no que era el cielo que se abría, el más allá que resplandecía con el deslumbramiento del misterio. En la puerta del cielo tenía las llaves, abría para dar paso á las almas y el antiguo símbolo revivía con nueva intensidad, desprendida al fin del reino mancillador de aquí abajo.

—¡Oh! ¡Os lo suplico, Santo Padre, si es preciso un ejemplo, no castigéis á nadie más que á mí. Vine, aquí estoy, decidid de mi suerte, pero no agravéis mi

castigo causándome el remordimiento de haber hecho castigar á un culpable. *inocente!*

Sin responderle siguió contemplándole León XIII con ardiente mirada. Y Pedro no veía en León XIII el papa doscientos sesenta y tres, vicario de Jesucristo, sucesor del príncipe de los Apóstoles, soberano pontífice de la Iglesia universal, patriarca de Occidente, primado de Italia, arzobispo y metropolitano de la provincia romana y soberano de los dominios temporales de la Santa Iglesia, sino á León XIII tal cual lo había soñado como al Mesías esperado, al salvador enviado para conjurar el tremendo desastre social en el que iba á desaparecer la podrida sociedad. Le veía con su inteligencia ductil y vasta, su táctica fraternal de conciliación evitando los tropiezos y choques, trabajando en la unidad, con el alma desbordante de amor, yendo derecho al corazón de las muchedumbres y dando una vez más lo mejor de su sangre en señal de nueva alianza. Le elevaba como la única autoridad moral, como el único lazo posible de caridad y de paz, en fin, como el Padre sólo que podía hacer cesar la injusticia entre los hijos, matar la miseria, restablecer la ley libertadora del trabajo, atrayendo á los pueblos á la fé de la Iglesia primitiva, á la dulzura y á la prudencia de la comunidad cristiana. Y esa elevada figura adquiría allí, en el profundo silencio de la habitación una supremacía invencible, una magestad extraordinaria.

—¡Oh! ¡Escuchadme por compasión, Santo Padre! ¡No castigáis á nadie! ¡No me castigáis á mí! ¡Oh! ¡Nadie, ni á un sér ni á una cosa, ni á nada de lo que puede sufrir bajo el sol! ¡Sed misericordioso, con la bondad que los dolores del mundo debieron incu- en vuestra alma!

Entonces cuando vió que León XIII seguía callando y que dejaba que siguiese en pie, cayó de rodillas como si se desplomase trastornado por la creciente emoción que hacía que su corazón estuviese tan henchido. Y aquello fué para todo su sér como una ruína, como el amonamiento de todas sus dudas, de todas sus angustias, de todas sus tristezas que le ahogaban de nuevo, que le afligían, traspasándole de dolor una vez más. Había en todo aquello el recuerdo de un día tremendo, las muertes tan trágicas de Darío y Benedetta, cuya pena aterradora conservaba en su corazón, con un peso inconsciente, con una pesadez de plomo. Había además allí todo lo que había sufrido desde que estaba en Roma, las ilusiones poco á poco desvanecidas, las íntimas delicadezas heridas, el entusiasmo juvenil abofeteado por la realidad de los hombres y de las cosas. Y además de todo esto, y aún más profundamente, era toda la miseria humana entera, los hambrientos que aullaban, las madres que con los pechos agotados, lacios, sollozaban al besar á sus crías que no podían amamantar, los padres sin trabajo que se rebelaban cerrando amenazadores los puños, la execrable miseria, en fin, tan antigua como la humanidad, que la roía desde el primer día y que Pedro encontró en todas partes creciente, devoradora, aterradora y sin esperanza de que se la pueda curar nunca. Era, en fin, pero más inmenso, más incurable, un dolor sin nombre, sin causa precisa, por nada ni por nadie, un dolor universal, ilimitado, en el que se bañaba y sentíase fundir desesperadamente, tal vez el dolor de vivir.

—¡Ah! ¡Yo no existo, ni mi libro tampoco, Santo Padre! He deseado ver á vuestra santidad ¡oh! ¡sí, con pasión! para poderme explicar y defender. Y no sé, no

encuentro ni una sola de las cosas que quería decir, porque no tengo más que lágrimas... pero lágrimas que me ahogan... ¡Oh! ¡No soy más que un hombre pobre y no tengo necesidad más que de hablaros de los pobres! ¡Oh! ¡Esos pobres! ¡Oh! ¡Esos humildes! ¡Esos desdichados, á los que he visto desde hace dos años en los arrabales de París, tan miserables y tan doloridos, esas pobres criaturitas, á las que yo iba á recoger entre la nieve, pobres angelitos que no habían comido hacía dos días, mujeres á las que roían la consunción y la tisis, que no tenían ni pan ni lumbre y vivían en el fondo de inmundos é insanos tabucos, hombres arrojados á la miseria por el paro forzoso, cansados de buscar y pedir trabajo como quien pide ó busca una limosna y que vuelven á sus tinieblas ebrios de ira y con el único pensamiento vengador de pegar fuego por los cuatro costados á la ciudad. Y por la noche, durante la noche tremenda, helada, en la habitación del terror, he visto una madre que acababa de suicidarse con sus cinco hijos, la madre tirada sobre un jergón infecto, intentando dar de mamar á su último hijo, las dos niñas durmiendo su sueño encantador de lindas rubiñitas, los dos niños aniquilados, caídos más lejos, uno apoyado en la pared, el otro derribado por el suelo, retorcido en una postrera resistencia... ¡Oh! ¡No soy, Santo Padre, más que el embajador, el enviado de los que sufren y de los que lloran, el humilde delegado de los humildes que mueren de miseria bajo la dureza execrable, la tremenda injusticia social. Y traigo á su santidad sus lágrimas, pongo á sus pies sus torturas y le hago oír su grito de angustia como un grito que sube del abismo, pidiendo justicia si no se quiere que

el cielo se hunda. ¡Oh! ¡Sed bueno, Santo Padre! ¡Sed misericordioso, Santo Padre!

Tendió los brazos é imploraba con un ademán de suprema súplica á la compasión divina. Después siguió diciendo:

—Y, Santo Padre, en esta Roma resplandeciente y eterna, ¿no está también la miseria horrorosa? Desde hace muchas semanas que vago al azar para entretener la espera á través del polvo famoso de las ruinas y no hago más que tropezar con males incurables que me llenaron de horror. ¡Ah, todo eso que se hunde, lo que expira, la agonía de tanta gloria, la horrorosa melancolía de una sociedad que se muere de agotamiento y de hambre!... Ahí, bajo las ventanas de su santidad, ¿no he visto un barrio de horror, palacios sin concluir, heridos de una herencia maldita, así como las criaturas raquíticas que no pueden llegar á su total crecimiento, palacios en ruina ya, convertidos en refugio de la lastimosa miseria de Roma? Y, lo mismo que en París, ¿que población de sufrimiento, mostrándose al aire libre con más impudor aún, toda la llaga social, el cáncer devorador tolerado y mostrado con su terrible inconsciencia! Familias enteras que viven ociosamente padeciendo hambre bajo el espléndido sol, los viejos que han llegado á imposibilitarse, los padres esperando un poco de trabajo, los hijos durmiendo entre las hierbas secas y las madres y las hijas arrastrando su charlatana pereza y ajadas antes de la edad... ¡Oh! ¡Santo Padre, que desde la aurora de mañana abra su santidad esa ventana, y despierte con su bendición á ese gran pueblo niño, que duerme aún entre su ignorancia y su pobreza! ¡Que le dé el alma que le falta, el alma consciente de la dignidad humana, de la ley necesaria del

trabajo, de la vida libre y fraternal, regida únicamente por la justicia ¡Sí, que convierta en un pueblo ese montón de miserables, cuya única excusa es la de sufrir tanto en su inteligencia y en su cuerpo, viviendo como la bestia que trabaja y muere sin saber, sin comprender, y á la que le hacen mover á fuerza de golpes!

Poco á poco fuéronle ahogando los sollozos y no habló más que arrastrado por la pasión.

—¿Y no es á vos, Santo Padre, á quien debo dirigirme en nombre de los miserables? ¿No sois el Padre? ¿No es ante el Padre ante quien debe arrodillarse el enviado de los pobres y de los miserables, como yo lo estoy en este momento? ¿Es que no es al Padre á quien debe llevar la carga enorme de todos sus dolores, pidiéndole compasión, ayuda y socorro, justicia, ¡oh! ¡Justicia, sobre todo! Puesto que sois el Padre, abrid de par en par la puerta para que todo el mundo pueda entrar, hasta los más humildes de vuestros hijos, los fieles, los que pasen casualmente, hasta los rebeldes, los extraviados, los que entrarán entonces tal vez y á los que salvareis de las faltas del abandono... Sed el refugio de los malos caminos, el paternal amparo ofrecido á los viajeros, la lámpara hospitalaria siempre encendida, y que vista desde lejos, salva de la tempestad... Y puesto que sois todo poderoso ¡oh, Padre! sed la salvación. Lo podeis todo, teneis á vuestra espalda siglos de dominación, habeis conseguido hoy una autoridad moral que os hizo árbitro del mundo, y estais en mi presencia como la majestad misma del sol que ilumina y fecunda. ¡Oh! Sed el astro de bondad y de caridad, sed el redentor, continuad la tarea de Jesús que se corrompió á través de los siglos! al dejarla entre las manos de los poderosos y de los ricos, que convirtieron

la obra evangélica en el más execrable monumento del orgullo y de la tiranía. Puesto que la obra está incompleta, proseguidla, poneos al lado de los pequeños, de los humildes, dirigidles á la paz y á la fraternidad, á la justicia de la comunidad cristiana. Y decid ¡oh, Padre! que os he comprendido, que sencillamente no hice más que exponer vuestras queridas ideas, el único y viviente deseo de vuestro reinado. Lo demás, el resto, mi libro, importa muy poco. No me defiendo, no quiero más que vuestra gloria y la felicidad de los hombres. Decid que desde el fondo del Vaticano oísteis el sordo crujido de las antiguas sociedades corrompidas; decid que temblasteis con enternecida compasión, decid que quisisteis impedir la tremenda catástrofe, recordando el Evangelio á aquellos de vuestros hijos cuyo corazón atacó la locura y que los quisisteis llevar á la edad de la sencillez y de la pureza, como cuando los primeros cristianos vivían como hermanos inocentes... Sí, ¿no es así? fué para eso para lo que os pusisteis al lado de los pobres y es por esto por lo que vine á pedir os justicia, bondad y compasión con toda mi alma ¡oh! ¡Con toda mi alma de pobre hombre!

Sucumbió entonces á su emoción y se aplanó en el suelo en un deshecho de sollozos. Su corazón estallaba y salía. Eran sollozos enormes, sollozos sin fin, toda una oleada aterrada que procedía de su sér entero, que venía de más lejos, de todos los seres míseros, que procedía del mundo, cuyas venas acarreaban la sangre con el dolor mismo de la vida. Estaba allí con su brusca debilidad de niño nervioso, embajador del sufrimiento conforme á lo que había dicho. Y de rodillas ante aquel papa inmóvil y mudo, era la miseria humana llena de lágrimas.

León XIII, al que sobretodo agradaba mucho hablar, y que por lo tanto tenía que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para oír como hablaban los demás, al principio, y en dos distintas ocasiones, levantó la pálida mano para interrumpirle, pero, después, embargado poco á poco por la admiración, dominado así mismo por la emoción, le permitió que continuase y llegase hasta el final de su grito arrastrado por el desorden de la ola irresistible que le impulsaba. Un poco de sangre cohereó la nieve de su rostro y sus labios, lo mismo que sus mejillas, habíanse puesto algo más sonrosadas, pero débilmente, mientras que sus ojos tenían un fulgor más vivo. En cuanto le vió sin voz y abatido á sus pies, agitado por aquellos sollozos tan convulsivos, que parecían arrancarle el corazón, se inquietó y se inclinó.

—Hijo, mío, calmaos, levantaos....

Pero los sollozos continuaban desbordándose, llevándose toda razón y todo respeto con el lamento del alma trastornada, con el sufrimiento de la carne que sufre y agoniza.

—Levantaos, hijo mío, que eso no es conveniente, sentaos ahí... Y con un gesto de autoridad le invitó á que se sentase.

Con trabajo se puso Pedro en pie y se sentó para no caer. Apartó el cabello de la frente y enjugó con las manos las abrasadoras lágrimas, con aire extraviado, tratando de coordinar sus ideas y no pudiendo comprender lo que acababa de suceder.

—Hicisteis un llamamiento al Santo Padre ¡ah! Sí, por cierto, y podéis estar convencido de que mi corazón está lleno de compasión y de lástima hácia los desgraciados; pero no está ahí la cuestión, si no que se trata de nuestra santa religión... He leído vuestro libro,

que es por cierto un libro muy malo, os lo digo enseguida y sin rodeos, el más peligroso y el más condenable de todos los libros, precisamente por sus cualidades, por lo brillante de algunas de sus páginas que á mí mismo me han interesado. Sí, con frecuencia me sedujo y no habría continuado su lectura á no sentirme como arrebatado por el soplo ardiente de vuestra fé y de vuestro entusiasmo ¡era un tema tan interesante y que me apasionaba tanto. «¡La nueva Roma!» ¡ah! ¡Sin duda podía hacerse un libro con ese mismo título, pero con un espíritu diametralmente opuesto al que informa al vuestro... Creéis haberme comprendido, hijo mío, haberos compenetrado con mis escritos y mis actos, hasta el extremo de no hacer más que expresar mis ideas más queridas! ¡No! ¡No me comprendisteis y fué por eso por lo que quise veros para explicároslo y convenceros!

Mudo é inmóvil era Pedro el que entonces escuchaba, y sin embargo, no había ido allí más que para defenderse. Deseaba con fiebre, desde hacía tres meses, que se celebrase aquella entrevista, preparando sus argumentos y creyéndose seguro de la victoria, y oía tratar su libro como á obra peligrosa, condenable, sin contestar, sin protestar con todas las buenas razones que ideó y creyó eran irresistibles. Una lacitud extraordinaria se apoderó de él, como agotado por un acceso de lágrimas. Pasado un momento, tendría ánimo y diría lo que había resuelto decir.

—¡No me comprenden! ¡No! ¡No me comprenden!— repitió León XIII con aire de irritada impaciencia.— En Francia, sobre todo, es en donde parece increíble que cueste tanto trabajo hacerme comprender... El poder temporal, por ejemplo, ¿cómo es posible que creáis que la Santa Sede transigirá nunca acerca de ese

extremo? Ese lenguaje es indigno de un presbítero; es la quimera de un ignorante que no se dá cuenta de las condiciones en que el papado vivió hasta aquí y en las cuales debe continuar viviendo si no quiere desaparecer del mundo. ¿No véis que lo que decís es un sofisma cuando declarais que está tanto más elevada cuanto más se desprende de los cuidados de su realeza terrestre? ¡Ah! Sí, una hermosa obra de imaginación, esa pura realeza espiritual, la soberanía por la caridad y el amor! Pero ¿quién nos hará respetar? ¿Quién nos hará la limosna de una piedra para descansar nuestra cabeza si algún día nos expulsan y tenemos que andar errantes por esos caminos? ¿Quién asegurará nuestra independencia cuando estemos á merced de todos los Estados? ¡No! ¡No! ¡Esta tierra de Roma es nuestra! Y lo es porque la hemos recibido en herencia de la larga línea de antepasados y es el suelo indestructible, eterno, en el que se edificó la Santa Iglesia, de modo que abandonarlo sería querer el derrumbamiento de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana. Aparte de esto, no podríamos tampoco hacerlo atados como estamos por nuestro juramento con Dios y con los hombres.

Se calló un momento para dar tiempo á Pedro para que pudiese replicarle; pero éste experimentaba un estupor tal, que no podía decir nada porque se apercibió de que el papa hablaba como él debía hacerlo. Las cosas confusas y pesadas amasadas en él, cuyo estorbo había sentido poco antes en la antecámara secreta, se iluminaban entonces poniéndose en claro, precisándose con una claridad cada vez mayor. Era, desde que llegó á Roma, todo lo que había visto ó comprendido, el amontonamiento de sus desilusiones, de las realidades

existentes, bajo las cuales su ensueño de regreso al cristianismo primitivo estaba medio muerto, aplastado ya. Acababa de acordarse bruscamente de la hora en que, hallándose en la cúpula de San Pedro, se consideró como un imbécil con sus ideas de un papa puramente espiritual en frente de la antigua ciudad de gloria obstinada en conservar su púrpura. Aquel día huyó del furioso grito de los peregrinos del dinero de San Pedro que aclamaban como energúmenos al papa-rey. La necesidad del dinero, esa última esclavitud del papa la aceptó; pero todo se derrumbó en seguida cuando se le presentó la verdadera Roma, la ciudad secular del orgullo y de la dominación en la que el papa no podía vivir sin el poder temporal. Muchos lazos, el dogma, la tradición, el medio en que se movía, el suelo mismo la hacían para siempre inmutable. No podía ceder más que en cosas de apariencias, y había de llegar una hora en que sus concesiones no siguiesen más adelante ante la imposibilidad de ir más allá sin suicidarse. La nueva Roma no se realizaría algún día más que fuera de la antigua Roma y lejos de ésta, y allí únicamente se despertaría el cristianismo, porque el catolicismo moriría en su sitio, cuando el último de los papas, sujeto á esa tierra de ruinas, desapareciese bajo el postrer crujido de la cúpula de San Pedro, que se hundiría como antes se hundió el templo de Júpiter Capitolino. En cuanto al papa de hoy en vano estaba sin reino y tenía la fragilidad propia de su edad avanzada, la exangüe palidez de un antiguo ídolo de cera, pero no por eso dejaba de sentirse inflamado por la roja pasión de la soberanía universal, no por eso dejaba de ser el hijo obstinado del antepasado, del *Pontifex*

*Máximus*, del *César Imperator* por cuyas venas circulaba la sangre de Augusto, dueño del mundo.

—Habréis visto cuán grande es el deseo de unidad que siempre nos ha dominado,—añadía León XIII,—y que nos hemos considerado realmente dichosos el día en que hemos unificado el rito imponiendo el rito romano al catolicismo entero. Es esta una de nuestras victorias más apreciadas, porque puede influir mucho en favor de nuestra autoridad. Y confiamos en que nuestros esfuerzos en Oriente acabarán por atraernos á nuestros hermanos extraviados de las comuniones disidentes, del mismo modo que no desesperanzamos de convencer á las sectas anglicanas, sin hablar de las sectas protestantes que se verán obligadas á volver al seno de la Iglesia única, la Iglesia católica, apostólica y romana, cuando se cumplan los tiempos que predijo Cristo; pero lo que no dijísteis, es que la Iglesia no puede abandonar nada del dogma. Al contrario, parece como que creéis que es posible una inteligencia, y que de una y otra parte se harían concesiones, y este es un pensamiento condenable y un lenguaje que un presbítero no puede emplear sin hacerse criminal. No, no hay nada de eso; la verdad es absoluta y no se cambiará ni una sola piedra del edificio. ¡Ah! ¡En la forma, todo lo que quieran! Estamos dispuestos á llegar hasta la conciliación más grande, y no se trata más que de sortear ciertas dificultades, de ponerse de acuerdo acerca de los términos para que el acuerdo sea más hacedero y fácil... Y esto es como nuestro papel en el socialismo moderno: es preciso entenderlo, fijándose bien en lo hecho. Es muy cierto, que esos que llamásteis los desheredados del mundo, son objeto de nuestra preferente atención y solicitud. Si el socialismo es esencialmente un

deseo de justicia, una voluntad constante de acudir en auxilio de los débiles y de los que sufren, ¿quién se preocupa más que Nos y trabaja con más energía? ¿Es que la Iglesia no ha sido siempre la madre de los afligidos, la auxiliadora y la bienhechora de los pobres? Estamos por todos los progresos razonables, admitimos todas las formas sociales nuevas que puedan contribuir á la paz y á la fraternidad... pero Nos no podemos por menos de condenar el socialismo que empieza por expulsar á Dios y querer asegurar la dicha de los hombres á costa de esto. Esto es esencialmente un estado de salvajismo, un abominable retroceso hácia atrás, en el que no se producirán más que catástrofes, incendios y matanzas. Y esto es lo que no habéis dicho aún con bastante fuerza, porque no demostrásteis que se podía verificar un progreso cualquiera fuera de la Iglesia, que es en suma la única iniciadora, la única guía á la que está permitido abandonarse sin temor. Hasta, que está permitido abandonar vuestra falta, parece como que ponéis á Dios aparte, que la religión no es para vos más que un estado de alma, una eflorescencia de amor ó de caridad en la que basta hallarse para tener la salvación. Herejía execrable es esa, porque Dios está siempre presente, como soberano de los cuerpos y de las almas y la religión sigue siendo el lazo, la ley, el gobierno mismo de los hombres, sin lo cual no podría haber en este mundo más que barbarie y condenación en el otro... Y una vez más: la forma importa muy poco; basta con que el dogma siga. Por nuestra adhesión á la República de Francia se prueba que no queremos unir la suerte de la religión á una forma de gobierno determinada, aunque sea augusta y secular. Si las dinastías cumplieron sus años de existencia, Dios en

cambio es eterno, ¡perezcan los reyes y que viva Dios! Además de esto, la forma republicana no tiene nada de anticristiana, sino que por el contrario, parece que es como un despertar de esa comunidad cristiana de que habláis en páginas verdaderamente elocuentes. Lo peor es que la libertad se convierte muy pronto en licencia y que nos recompensa mal nuestro deseo de conciliación... ¡Ah! ¡Qué libro más dañino habéis escrito hijo mío, y esto con las mejores intenciones del mundo, quiero creerlo así, del mismo modo que vuestro silencio es la prueba de que empezáis á entrever las desastrosas consecuencias de vuestra falta!

Pedro seguía callándose anonadado y comprendiendo que, en efecto, sus argumentos caían uno á uno como ante una roca sorda y ciega impenetrable, en la que era tarea risible é inútil el querer hacerlos entrar. ¿A qué trabajar si no penetrarían? No tenía más que una preocupación; se preguntaba con sorpresa como un hombre de tan clara inteligencia, de tanta ambición, no se había formado del mundo moderno una idea mucho más perfecta y sobretodo más exacta. Evidentemente, se comprendía que estaba enterado, informado de todo, curioseándolo todo y que tenía en la cabeza el mapa de la cristiandad, con las necesidades, los actos, las esperanzas todo lúcido y claro en medio del complicado andamiaje de sus luchas diplomáticas ¡y sin embargo cuanto huecol! La verdad era que no debía conocer la sociedad más que por lo que viera durante su corta permanencia en la nunciatura de Bruselas. Tras ésta venía su episcopado en Perugia en el que no se mezcló más que con la vida de la joven Italia naciente. Y desde hacía dieciocho años que se encontraba encerrado en el Vaticano y aislado del resto de los hombres no comu-

nicándose con los pueblos más que por medio de los que le rodeaban que, á veces eran los menos inteligentes, los más embusteros y los más traidores.

Y, á parte de esto, era presbítero italiano, gran pontífice, supersticioso y despótico, hallábase atado por la tradición, sometido á las influencias de medio y de raza, cediendo á las necesidades de dinero y á las políticas; esto sin hablar de su inmenso orgullo, de la certidumbre de ser el Dios al que todos debían obedecer; el único poder legítimo y razonable de la tierra. De ahí las causas de deformación fatal, el extraordinario cerebro que debía tener con sus errores, sus dudas, entre tantas admirables cualidades, la comprensión viva, la voluntad paciente, el esfuerzo que generaliza y obra; pero la intuición sobre todo parecía maravillosa; por qué ¿no era esta, pero esta sola, la que le hacía adivinar dentro de su voluntario encierro y desde lejos la enorme evolución de la humanidad de hoy día? Tenía también la clara conciencia del tremendo peligro en medio del cual se bañaba, con ese mar ascendente de la democracia, de ese océano sin límites de la ciencia, y que amenazaba sumergir el estrecho islote en el que triunfaba aún la cúpula de San Pedro. Y no podía dispensarse de asomarse á la ventana, las voces de afuera atravesaban los muros y le llevaban el grito del nacimiento de nuevas sociedades.

Y toda su política partía de ahí, no había tenido más tarea que la de vencer para reinar: si quería la unidad de la Iglesia era para hacerla más fuerte, inexpugnable para el asalto que preveía. Si predicaba la conciliación cediendo con todo su poder en las cuestiones de forma, tolerando las audacias de los obispos

de América, era por el gran miedo que sentía, y que no quería confesar, de que se dislocase la Iglesia, que se suscitase bruscamente un cisma que habría precipitado el desastre. ¡Ah! Ese cisma debía comprender que estaba en el aire venido de los cuatro puntos del horizonte tal cual una amenaza próxima, un peligro inevitable de muerte contra el cual era necesario armarse de antemano! ¡Cómo ese temor servía para explicar su regreso de ternura hacia el pueblo, su preocupación del socialismo, la solución cristiana que ofrecía á las miserias de aquí abajo! Puesto que César estaba caído, ¿no se hallaba de hecho resuelta la antigua contienda de que á quien pertenecía el pueblo si á él, ó al papa, una vez que éste era el único que quedaba en pie y que el pueblo, el gran mudo iba al fin á hablar y poderse entregar á él? En Francia se había intentado la experiencia; abandonaba á la monarquía vencida y reconocía la República y la soñaba fuerte, victoriosa, porque la consideraba siempre como la hija mayor de la Iglesia, la única nación católica bastante fuerte aún, para que tal vez un día pudiese restaurar el poder temporal de la Santa Sede. Reinan, reinan por Francia ya que le era imposible reinan por Alemania! ¡Reinan por el pueblo, puesto que el pueblo había llegado á ser el amo y el dispensador de los tronos! ¡Reinan por la República italiana, si esta República, única que podía devolverle á Roma arrancándosela á la casa de Saboya, era una república federativa que hiciese del papa el presidente de los Estados Unidos de Italia, mientras llegaba á serlo de los Estados Unidos de Europa! ¡Reinan á pesar de todo, contra todo; pero reinan sobre el mundo como reinara Augusto cuya sangre dominadora era la única

que sostenía á aquel anciano expirante, obstinado en su dominación!

—Y, por último, hijo mío, — siguió diciendo León XIII, — el crimen está también en haberse permitido pedir una religión nueva. Eso es impío, blasfematorio, sacrílego. No hay más que una religión, y ésta es nuestra santa religión católica, apostólica, romana... fuera de esa religión no habrá más que tinieblas y condenación... Paréceme que es al cristianismo al que pretendéis volver, pues, el error protestante, tan culpable, tan nefasto, no tuvo otro pretexto. En cuanto uno se aparta de la estricta observación de los dogmas, del respeto absoluto de las tradiciones se cae en los más horribles precipicios... ¡Ah! ¡El cisma! ¡Ah! ¡El cisma! Ese, hijo mío, es un crimen imperdonable, es el asesinato del verdadero Dios, la bestia de inmunda tentación suscitada por el infierno para la pérdida de los fieles. Aun cuando no hubiese más que esas palabras de *religión nueva* en vuestro libro, sería necesario destruirlo, quemarlo, como si se tratase de un veneno letal para las almas.

Y así siguió hablando durante mucho rato aún, y Pedro se acordó de lo que le había dicho don Vigilio, de esos jesuitas tan poderosos en la sombra, que en el Vaticano, lo mismo que fuera de éste, gobernaban soberanamente la Iglesia. ¿Sería verdad que aun contra su mismo deseo y por muy imbuído que creyese estar en la doctrina de Santo Tomás, ese papa político, de un oportunismo siempre alerta, era uno de los suyos, un instrumento dócil en sus hábiles manos de conquista social? También él pactaba con el siglo, iba al encuentro del mundo y consentía en halagarle para poseerle. Pedro no había comprendido nunca tan cruel-

mente como entonces, que la Iglesia había llegado hasta ese extremo, á tener que vivir de concesiones y de diplomacia. Al fin tenía el concepto claro de ese clero romano, tan difícil de comprender en un principio para un presbítero francés, de ese gobierno de la Iglesia representado por el papa, sus cardenales, sus preladados á los que Dios en persona dió el encargo de administrar aquí bajo sus dominios, á los hombres y á la tierra. Empiezan por poner á Dios á un lado, en el fondo del tabernáculo, no tolerando que se le discuta, imponiendo los dogmas como las verdades de su esencia, pero ellos no se embarazan con él ni se entretienen tampoco en demostrar su existencia con vanas discusiones teológicas. Indudablemente existe, puesto que gobiernan en su nombre y esto basta. Desde luego son los amos en nombre de Dios, consintiendo únicamente en firmar los concordatos, pero procurando no cumplirlos, y no plegándose más que ante la fuerza, reservando siempre su soberanía que un día triunfará. En espera de ese día obran sencillamente como diplomáticos, organizan lentamente la conquista como funcionarios del Dios triunfante de mañana, y así la religión no es más que el homenaje público que le rinden con el aparato y la magnífica ostentación que se apodera de las multitudes, con el único objeto de hacerle reinar sobre la humanidad admirada y conquistada, ó mejor, para reinar en su lugar y en su nombre, puesto que son sus representantes visibles, delegados por él. Descienden del antiguo derecho romano, y no son más que los hijos de ese vetusto suelo pagano de Roma, y si han durado tanto, si esperan durar eternamente, hasta que llegue el esperado momento en que el imperio del mundo les será devuelto, es porque son los herederos directos de

los Césares envueltos en su púrpura, descendencia nunca interrumpida y vivaz de la sangre de Augusto. Avergonzóse entonces Pedro de sus lágrimas. ¡Ah! ¡Pobres nervios suyos! ¡Qué abandonos de sentimentalismo y de entusiasmo! Experimentó una sensación de pudor lo mismo que si se hubiese mostrado al desnudo el estado de su alma, ¡y qué inutilmente, Dios mío, en aquella habitación en la que jamás se había dicho nada parecido, ante aquel pontífice rey que no podía entenderle! Esa idea política de que los papas debían reinar para los humildes y para los pobres, le inspiraba horror. ¿No sería esa la conciliación del lobo, ese pensamiento de acercarse al pueblo libre de sus antiguos amos para nutrirse á su vez? Y debía haber estado loco el día en que imaginó que un prelado romano, un cardenal, un papa, eran capaces de admitir el retorno á la primitiva comunidad cristiana, una florecencia nueva del cristianismo primitivo que sirviera para purificar á los pueblos antiguos á los que consume el rencor. Semejante concepción no debía ni aun entrar en el magín de hombres que, desde hace muchos siglos, viven como dueños del mundo, llenos de un desprecio muy grande y de completa indiferencia hácia los pequeños y los doloridos, y que, á la larga, están atacados de una impotencia total de caridad y de amor.

Pero León XIII con su gruesa voz, inapurable, seguía hablando como siempre y el presbítero oyó que le decía:

—¿Por qué habéis escrito esa página acerca de Lourdes, argumentada con tanta saña? Lourdes, hijo mío, ha prestado grandes servicios á la religión. Con frecuencia hemos manifestado á las personas que han venido á contarnos esos conmovedores milagros, casi dia-

rios en la Gruta, nuestro vivo deseo de ver confirmados esos hechos, esos milagros, demostrados por la ciencia más rigurosa. Y, según lo que hemos leído, nos parece que hoy los espíritus malévolos, no podrán dudar más, porque los milagros se prueban en adelante de una manera científica y de una manera irrefutable. La ciencia, hijo mío, debe ser la servidora de Dios, pues no puede hacer nada contra éste y es por Él solo por quien se llega al conocimiento de la verdad. Todas las soluciones que suelen encontrarse en la actualidad, y que al parecer destruyen los dogmas, llegará un día en que sean reconocidas como falsas, porque la verdad de Dios permanecerá victoriosa cuando se cumplan los tiempos. Estas son, sin embargo, certidumbres bien sencillas, cosas que saben hasta los niños y que bastarían para la paz y la salvación de los hombres, si estos se quisiesen contentar con ellas... Estad convencido, hijo mío, de que la fé no es incompatible con la razón. ¿No está ahí Santo Tomás que todo lo ha previsto, explicado y reglamentado? Vuestra fé se quebrantó con los asaltos del espíritu de examen; pasastéis por esas angustias, por esas turbaciones de que el cielo tuvo á bien librar á nuestros presbíteros en esta tierra de antiguas creencias, en esta Roma santificada por la sangre de tantos mártires. Pero Nos no tenemos el espíritu de examen; estudiad más, leed mucho y á fondo á Santo Tomás y vuestra fé volverá más sólida, definitiva y triunfante.

Asustado oyó Pedro decir todas esas cosas que le producían el mismo efecto que si sobre el cráneo le cayesen pedazos del firmamento. ¡Oh, Dios de verdad! ¡Los milagros de Lourdes probados científicamente, la fé compatible con la razón, Santo Tomás bastando

para la certidumbre del siglo! ¡Cómo responder! ¡Oh, Dios! ¿Y para qué responder?

—El más culpable y el más peligroso de los libros, —dijo León XIII á manera de conclusión,—es uno que tiene el título de *Roma Nueva*, que por sí solo es un veneno y una mentira; un libro tanto más condenable, puesto que tiene todas las seducciones de estilo, todas las perversiones de las quimeras generosas, un libro, en fin, que si un clérigo lo concibió en una hora de extravío, debe quemarlo en público como penitencia, con la misma mano con que escribió las páginas de error y de escándalo.

De una manera brusca, se puso Pedro en pie irguiéndose y en medio del silencio enorme que se había hecho al rededor de aquella habitación muerta y tan pálidamente iluminada, no había más que la Roma de fuera, la Roma nocturna, anegada en tinieblas, inmensa y negra, sembrada únicamente con un polvo de astros, disponíase á gritar:

—¡Es verdad! Había perdido la fé; pero creía haberla encontrado en la compasión que la miseria del mundo inspiró á mi corazón. Erais mi última esperanza, el salvador esperado. Y todo eso no es más que un sueño; no podéis ser de nuevo Jesús, destinado á pacificar los hombres, en vísperas de la espantosa guerra fratricida que se prepara. No podéis abandonar el trono y marcharos por los caminos con los humildes y con los pobres, para hacer la obra suprema de la fraternidad. ¡Pues bien! Todo está concluído con vos, con vuestro Vaticano y vuestro San Pedro. Todo se bambolea bajo el asalto del pueblo que sube y de la ciencia que se engrandece. Ya no existís; aquí no hay más que escombros.

Pero en vez de pronunciar estas palabras se inclinó y dijo:

—Santo Padre, me someto y repruebo mi libro.

Su voz tembló á causa de un amargo hastío, sus manos abiertas hicieron como un ademán de abandono, como si hubiesen soltado su alma. Era aquella la fórmula exacta de la sumisión: *Auctor laudabiliter se subjecit et opus reprobavit*, el autor se sometió loablemente y reprobó su obra. No hubo nada de una desesperación más grande, ni de una grandeza más soberana en la confesión de sus errores, en el suicidio de una esperanza; pero, ¡qué horrible ironía! Ese libro que había jurado no retirar jamás, por cuyo triunfo había luchado con tanta pasión y del que renegaba, que suprimía de un golpe, no porque le creyese culpable sino porque acababa de comprender que era inútil y quimérico como un deseo de amante, como un ensueño de poeta. ¡Ah! Sí, puesto que se había equivocado, puesto que soñó, una vez que no encontraba allí ni al Dios, ni al presbítero que buscaba para la felicidad de los hombres, ¿á qué empeñarse en sostener la ilusión de un imposible despertar? Valía más arrojar su libro á tierra como una hoja muerta, era preferible renegar de él, amputarlo de su cuerpo como un miembro inútil en adelante sin razón ni uso.

Un poco sorprendido ante una victoria tan pronta, lanzó León XIII una ligera exclamación de alegría.

—¡Está bien! ¡Muy bien, hijo mío! Acabáis de dar una prueba de sensatez al pronunciar las únicas palabras que convienen á vuestro carácter de presbítero.

Y en su evidente satisfacción, él, que no abandonaba jamás nada al azar, que preparaba cada una de sus audiencias, con las palabras que diría, los gestos que

debería hacer, se olvidó un poco, y dió muestras de una verdadera bondad. No pudiendo comprender, equivocándose acerca de los verdaderos móviles de la sumisión de aquel rebelde, gozaba de la orgullosa alegría de haberle reducido con tanta facilidad al silencio, porque los que le rodeaban se lo habían pintado como un revolucionario temible. Por esto una conversión semejante le halagaba mucho.

—Confesamos, hijo mío, que no esperábamos otra cosa de vuestro talento distinguido. Reconocer la falta, hacer penitencia, someterse, son los goces más elevados á que puede aspirar el espíritu.

Con un ademán sumamente familiar, cogió el vaso de jarabe de encima del velador y antes de beber el último sorbo, se puso á revolverlo con la cucharilla de oro, A Pedro le chocó más que nada encontrarle, lo mismo que al principio, tan reducido, tan desprovisto de su soberana majestad, semejante á un modesto viejo de la clase media que bebía solitariamente un vaso de agua azucarada antes de acostarse. La figura, después de haberse agrandado, resplandecido, como un astro que sube al zénit, acababa de caer en el horizonte, á ras del suelo, en su humana medianía. Veíale endeble, débil, con su delgado cuello de pajarillo enfermo, con su fealdad senil que hacía fuese tan difícil el retratarle lo mismo que se tratase de cuadros al óleo ó de fotografías de medallas de oro ó de bustos de mármol, pues decían que no había que retratar al papa Pecci, sino á León XIII, al gran papa, del que tenía la ambición de dejar á la posteridad una elevada imagen. Y Pedro, que durante un momento había dejado de verlos, estaba molesto de nuevo con el pañuelo que seguía sobre las rodillas y la sotana sucia y manchada de tabaco. Y

experimentaba una piedad enternecida ante tanta y tan pura vejez tan blanca; una profunda admiración por la testaruda potencia de vida que se había encerrado tras aquellos ojos tan negros; una deferencia respetuosa de trabajador ante el desarrollado cerebro engendradora de vastos proyectos, y tan desbordante de pensamientos y acciones sin número.

La audiencia estaba terminada y Pedro se inclinó profundamente.

—Doy gracias á Vuestra Santidad por la paternal acogida que se sirvió dispensarme.

Pero León XIII quiso detenerle aún un momento hablándole otra vez de Francia, diciéndole cuan grandes eran sus deseos de verla tranquila, próspera y fuerte para mayor gloria de la Iglesia. Durante esos últimos momentos tuvo Pedro una extraña visión, una alucinación. Al contemplar la frente de marfil del Santo Padre, mientras que se acordaba de su avanzada edad y se decía que el menor constipado podía llevarsele, vino á las mientes otro recuerdo, por extraña aproximación, de una escena de rúbrica y de extraña grandeza. Pío IX, Giovanni Mastai, hacía dos horas que había muerto, tenía el rostro cubierto con un lienzo blanco y le rodeaba la familia pontificia trastornada; poco después se acercó al lecho mortuario el cardenal Pecci, que era el camarlengo y mandando apartar el sudario, golpeó tres veces seguidas sobre la frente del muerto con un martillo de plata, gritando cada vez: «¡Giovanni! ¡Giovanni! ¡Giovanni!» y como el cadáver no respondiese, el camarlengo, después de esperar unos cuantos segundos se volvió y dijo: «¡El papa ha muerto!» Al mismo tiempo vió Pedro elevarse allá abajo, en la vía Julia al cardenal Boccanera, al carde-

nal camarlengo que esperaba con el martillo de plata, y se imaginó á León XIII, Joaquín Pecci, muerto hacía dos horas, con el rostro cubierto con el blanco sudario, rodeado de sus prelados y en aquella misma habitación, y veía al camarlengo que se acercaba, mandaba separar el sudario, golpeaba tres veces sobre la frente de marfil repitiendo el llamamiento: «¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Joaquín!» y después, como el cadáver no respondiese pasados unos minutos decía: «¡El papa ha muerto!» Se acordaba León XIII de los tres golpes que había dado en la frente de Pío IX, y sentía á su vez el helado temor de los tres golpes, el frío mortal del martillo con que había armado al camarlengo, al implacable adversario, pues sabía que lo era suyo el cardenal Boccanera?

—Id en paz, hijo mío,—dijo al fin su santidad, como bendición postrera.—Vuestra falta os será perdonada, puesto que la confesastéis y dais pruebas del horror que os inspira.

Pedro, sin responder y con el alma llena de angustia, aceptando la humillación como castigo merecido de su quimera, se retiró sin volver la espalda como exige la etiqueta en uso. Se inclinó profundamente tres veces seguidas y salió por la puerta, sin volverse, seguido por la mirada fija de los ojos negros de León XIII que no se apartó de él ni un momento. Vióle, sin embargo, coger de encima de la mesa el periódico, cuya lectura había interrumpido para recibirle, pues conservaba la afición á la prensa, una gran curiosidad muy grande hacía las noticias, por más que, con mucha frecuencia, se equivocase acerca de la importancia de los artículos, y en el fondo de su aislamiento les atribuía, á veces, bajo ciertos puntos de vista, una gravedad que

en el fondo no tenían. Las dos lámparas ardían con una claridad suave é inmóvil, y la habitación recobró su silencio infinito y profundo.

En medio de la antesala secreta halló al señor Squadra, que en pie, inmóvil y negro, le estaba esperando. Y al observar que Pedro, emocionado con su aturdimiento, pasaba de largo, dejándose el sombrero sobre la consola en que lo habían colocado, lo cogió discretamente y se lo ofreció con una muda reverencia. Después, sin prisa alguna, al mismo paso que á la llegada echó á andar delante de él para acompañarle hasta la sala Clementina.

Verificóse entonces, pero en sentido inverso, el mismo inmenso paseo, el desfile sin fin á través de interminables salas. Y como la vez anterior, ni un alma, ni un ruido, ni un aliento. En todas las vacías habitaciones ardía la única lámpara, solitaria y como olvidada, carbonizándose la mecha, ardiendo con una luz más pálida en el más profundo silencio. Parecía como que se había aumentado el desierto á medida que avanzaba la noche, inundando de sombra los pocos muebles esparcidos bajo los elevados artesonados, los troncos de los escabeles de madera, las consolas, los crucifijos y los candelabros que se repetían en cada nueva sala. Así pasaron, después de la sala de la antecámara de honor cuyo damasco enrojecía, las demás, la sala de los guardias nobles dormida con un ligero olor á incienso que había dejado una misa dicha allí por la mañana, la sala de los Tapices, la sala de la guardia palatina, la de los gendarmes y en la de los *busolanti*, que seguía, el último criado de servicio, sentado en una banquetta se había entregado á un sueño tan bueno, tan profundo, que ni siquiera despertó. Los pasos resonaban dé-

bilmente sobre el enlosado, ahogados en el pesado silencio de aquel cerrado palacio, murado por todas partes como si fuese una tumba é invadido á aquella hora por un vacío que lo sumergía. Y por último llegaron á la sala Clementina que los guardias acababan de abandonar.

Hasta que llegó á esta sala no volvió el señor Squadra la cabeza. Siempre mudo y sin hacer un gesto, se apartó á un lado para dejar pasar á Pedro, al que saludó con una postrera reverencia, y por último desapareció.

Y Pedro bajó los dos peldaños de la monumental escalera que los globos de cristal raspado de los mecheros de gas iluminaban con luz de lamparilla, con un abruptamiento muy grande de silencio desde el momento en que habían dejado de resonar en los descansillos los pasos de los guardias suizos que estaban de centinela. Atravesó el patio de San Dámaso, vacío y muerto, bajo la pálida claridad de las farolas de la escalinata, bajó por la escalera Pía, la otra escalera gigante, tan vacía y tan muerta con su media obscuridad, y franqueó por los umbrales de la puerta de bronce que tras él empujó un portero é hizo cerrarse lentamente. Y qué crudo, qué grito feroz del duro metal sobre todo lo que esta puerta cerraba tras sí, tantas tinieblas amontonadas, tanto silencio aumentado, los siglos inmóviles perpetuados por la tradición, los ídolos indestructibles de los dogmas conservados bajo sus vendas de momias, todas las cadenas que pesan y que atan, todo el aparato estrecho servidumbre, de dominación soberana, todos los ecos de las salas negras y desiertas que repercutieron el formidable estrépito.

En la plaza de San Pedro, y en medio de aquella

sombría inmensidad, se encontró solo; ni un solo transeunte, ni un solo paseante que se hubiese retrasado algo. Surgiendo del vasto mosaico del menudo pavimento gris, no se veía nada más que la elevada aparición del obelisco, pálido entre los cuatro candelabros. La fachada de la basílica se evocaba también con una palidez de ensueño, alargándose, pareciéndose á dos brazos enormes, las cuádruples hileras de los pilares de la columnata, envueltos en sombra lo mismo que árboles de piedra. Y nada más; la cúpula no era más que una redondez desmesurada, adivinada apenas bajo un cielo sin luna, y únicamente los temblorosos chorros de agua de los surtidores de las fuentes, que al cabo se descubrían como temblorosos fantasmas móviles, eran los que ponían allí algo de rumor, una voz, un murmullo sin fin de triste queja, venido no se sabía de dónde en medio de las tinieblas. ¡Ah! ¡Qué melancólica grandeza la de ese ensueño, toda esa plaza famosa, con el Vaticano, con San Pedro, vistos por la noche envueltos en la sombra y en el silencio! De repente, el reloj dió las diez, con unas campanadas tan lentas, tan sonoras, que jamás resonaron horas más solemnes, más definitivas, ni cayeron en un infinito más negro é insondable.

Inmóvil Pedro, en medio de aquella extensión sombría, sintió estremecerse todo su pobre quebrantado sér. ¡Eh! No había hablado allá arriba apenas más que unos tres cuartos de hora con el blanco anciano que acababa de arrancarle toda su alma. Sí, era el arrancamiento final, la última creencia descuajada de su cerebro y de su corazón ensangrentados; la experiencia suprema estaba hecha; habíase derrumbado en él todo un mundo. De pronto, se acordó de monseñor Nani, reflexio-

nando y diciéndose que éste era el único que tenía razón. Todos le habían dicho que concluiría haciendo lo que quisiese monseñor Nani, y á la sazón, dominábase un estupor muy grande al haberlo hecho.

Apoderóse de él una brusca desesperación, una angustia tan atroz, que desde el fondo de las tinieblas en que se hallaba, levantó los dos brazos temblorosos al vacío, y exclamó en alta voz:

—¡No! ¡No! ¡No estáis ahí, oh, Dios de vida y de amor, oh, Dios de salvación! ¡Venid, pues, apareced, porque vuestros hijos se mueren por no saber ni quién sois ni en dónde estáis en lo infinito de los mundos!

Por cima de la plaza inmensa, extendíase el cielo de un terciopelo azul sombrío, el infinito mudo y conmovedor en que palpitan las constelaciones. Sobre los techos del Vaticano parecía que el Carro se había volcado aún más, con sus ruedas de oro como desviadas del camino recto, con sus varas de oro al aire, mientras que allá abajo, sobre Roma, hacía la parte de la vía Julia, iba á desaparecer Orion, no mostrando más que una de las tres estrellas que esmaltan su tahalí.